

la misma la ciudad de Sestos. Esto, sin embargo, no libró a Pisistrato del ataque de los demás adversarios, y mucho menos estando, como estaba, firmemente resuelto a no asegurar su soberanía por medio de leyes violentas. En 555 se aliaron Megacles y Licurgo, y los pedieos y parlios, contra el príncipe Pisistrato, que se vió obligado a huir precipitadamente de Atenas, viendo entonces esta ciudad renovada, en detrimento del pueblo, las amargas disidencias entre los distintos partidos militantes. El mismo Megacles se vió acosado de tal manera por los pedieos, que en 550 se alió con Pisistrato, casóle con su hija y le facilitó de este modo los medios para volver a tomar entre sus manos, como príncipe, las riendas del gobierno. Cuando en el espacio de un año cayeron los gobernantes nuevamente aliados, se hizo por segunda vez insostenible la situación de Pisistrato, a quien no quedó otro recurso que retirarse a la eubea Eretria.

Pisistrato no abandonó, durante su destierro, los propósitos que estimulaban su ambición, y cuando llegó a viejo, incitó a su hijo Hippias, tentado un nuevo ataque, en guerra abierta contra su patria, para lograr la seductora corona del Atica, viéndose favorecido en su empresa por la rivalidad de los cretios y de los ciudadanos de Tebas contra Atenas, que le permitió reclutar en Argos los soldados necesarios. Ayudóle, además, en ella el príncipe Lygdamis de Naxos, que desde mediados del siglo sexto había destruido el gobierno de los nobles y que al poco tiempo se había visto precisado a huir, poniendo a su disposición dinero y parte de sus guerreros y camaradas. Cuando todo estuvo convenientemente preparado para el ataque, encaminóse Pisistrato a Maraton, se atrajo las masas de los diacrios y de otros aliados a su partido, atravesó el Atica y se dirigió a la capital, completamente ajena del peligro que la amenazaba. Obtuvo una gran victoria, en el templo ateniense de Palene, contra las milicias del gobierno mal dirigidas; la misma Atenas le abrió en seguida sus puertas, mientras los Alcmeónidas y otras familias importantes abandonaban a toda prisa la comarca, pudiendo entonces establecerse Pisistrato de un modo seguro y definitivo en la Acrópolis como príncipe del Atica.

Esta vez procuró Pisistrato fundar su soberanía con mas seguridad que antes, exigiendo rehenes a todas las familias nobles que no le inspiraban bastante confianza: redujo a su poder el castillo y conservó como guardia personal permanente a un gran número de los soldados que le habían ayudado en su empresa. Para pagar a estos guerreros, y subvenir a los gastos necesarios, convirtió en bienes de la corona la mina de plata láurica del Sur de Atica, é impuso a los ciudadanos una contribución del cinco por ciento del producto anual de sus tierras. Completamente conforme con la política de los Cipsélidas, impuso en 537 a los nobles de Naxos la tiranía de Lygdamis, se alió despues con el poderoso príncipe de Samos, Polícrates, y extendió inmediatamente su soberanía por los territorios septentrionales del mar Egeo. Estableció una factoría fortificada en la desembocadura del río Estrimon, con el objeto de participar de los beneficios que la mina de oro de Pangeon reportaba. La alianza con los sátrapas persas de Dascileyon, hizo que Pisistrato pudiese colocar como tirano de la colonia ática de Sigieion a su hijo Hegesistrato.

Bajo el punto de vista de la política interior, el gobierno de Pisistrato fué brillante, provechoso para el demos, y altamente inteligente y benévolo. Los sacrificios y las fiestas del Estado se celebraban con gran pompa y magnificencia, y Atenas se vió hermosea por un gran número de construcciones útiles a la par que preciosas. Este príncipe mandó construir la famosa fuente de Callirhoe, la principal de la ciu-

dad, y reunió las aguas en un gran depósito (Enneacrunos) que las distribuía por nuevos canales. Echó también, al Sur de las rocas del castillo, los cimientos del colosal templo de Júpiter olímpico (Olimpeyon), que por lo que se tardó en su construcción, algunos han comparado con la de la catedral de Colonia; terminó antes del reinado del emperador romano Adriano, es decir durante el siglo segundo despues de Jesucristo. El tráfico, la industria y el comercio áticos fueron objeto de especial cuidado para el regente y su familia. Amplificóse el código civil de Solon; el cultivo de la poesía dió gran esplendor a la corte de Atenas, que contó entre sus glorias a los poetas Simónides de Ceo y a Anacreonte de Teos. Pero lo que sobre todo tienen que agradecer los griegos a los Pisistrátidas, es el que, gracias a su impulso y a sus ardientes trabajos, pudiera ofrecerse a la nación *el conjunto homérico*, es decir, una redacción pura y fiel de todas las composiciones del célebre poeta.

El sistema de gobierno de Pisistrato tendía, en el fondo y en la forma, a seguir la constitución soloniana; por mas que la casa reinante pudiese imponer, según las circunstancias, su voluntad, aunque faltase abiertamente a las formas por la constitución establecidas, lo cual, no obstante, se procuraba evitar en lo posible; pues las leyes y los preceptos de Solon eran consideradas inviolables. El principio que guió siempre a la familia de los Pisistrátidas fué obrar de manera que tuviese continuamente uno de sus miembros en el arcotado, y que los funcionarios y consejeros fuesen, en su mayoría, adictos a la misma. Por de pronto el demos tuvo la ventaja de que, gracias a la existencia de aquel tirano tan moderado, cesasen durante muchos años las salvajes contiendas de los partidos nobles. También fué de gran importancia para el porvenir el que los atenienses, despues de una larga y pacífica experiencia, se acostumbraron a considerar como la base de su vida pública las constituciones de Solon.

XIV.—CAIDA DE LOS PISISTRÁTIDAS

No obstante, esta dinastía no pudo, andando el tiempo, sostenerse, y su caída fué inevitable, cuando además de verse amenazada la tiranía ática por el odio implacable de las familias nobles, y por la mortal enemistad de la familia de los Alcmeónidas, perdió por completo las simpatías que antes sintiera el demos por ella. Hippias é Hiparco, hijos de Pisistrato, que reinaban en Atenas desde 527, fecha de la muerte de aquel anciano príncipe, gobernaron durante muchos años animados del mismo espíritu que su padre, y despues de la caída de Lygdamis (524) y de Polícrates (522), consiguieron establecer nuevas y poderosas alianzas, como la del rey macedónico Amintas I y la de los Aleuadas tesalios, y entrar en amistosas y estrechas relaciones con Esparta, aquel Estado griego, representante de la tendencia política enemiga de la tiranía.

La caída de esta dinastía se verificó no sin gran parte de culpa de los mismos gobernantes. Hippias despertó en la nobleza la mas profunda desconfianza con un hecho sangriento que llevó a cabo en 523. Su padre se había reconciliado, poco antes de su muerte, con los filaidas, y Cimon hermano de Milciades que gobernaba en el Quersoneso tracio, uno de los victoriosos olímpicos, vivía desde hacia muchos años en pacífica posesión de los bienes que tenía en Atica, mientras que su segundo hijo, Milciades, había obtenido en 524 el cargo de arconte. Despertóse entonces de nuevo en Hippias la ambición y la desconfianza contra Cimon, y no titubeó un momento en hacerle asesinar cierta noche del año 523. De nada sirvió ya despues que Hippias no se opusiese a que Milciades, cuyo hermano Esteságoras reinante en el

Quersoneso desde 525, fué muerto violentamente en 518, extendiéndose su Estado hasta el Helesponto: el clamoreo de las familias nobles no pudo contenerse por mas tiempo, y se creó una atmósfera, cuyo resultado fué la catástrofe considerada como «el principio del fin» de la tiranía de Atenas.

Hiparco, hermano de Hippias, se mostró muy inclinado al vicio de la *pederastia*, desgraciadamente endémico en Grecia y ya entonces altamente peligroso, é hizo objeto de su amorosa pasión a un joven de la antigua nobleza, extraordinariamente hermoso, llamado Harmodio; pero este había encontrado un apasionado amante en un noble pobre de su familia, el gefireo Aristogiton, y rechazó las proposiciones del príncipe. En su envidioso furor, vengóse Hiparco de su afrenta, rechazando en las próximas fiestas públicas, como indigna de figurar en la procesion de doncellas áticas, a una hermana de Harmodio. La injuria públicamente inferida a la familia de los Gefireos, excitó la cólera de Harmodio y de Aristogiton, quienes se pusieron al frente de una conspiración tramada por la nobleza para asesinar al hermano del príncipe. El complot estalló en 514 cuando se reunió el pueblo ático para celebrar la gran procesion que, con motivo de la fiesta de las panateneas (verificada en 12 del Hecatombeon, es decir, a principios de julio), debía recorrer la ciudad y dirigirse al Erecteio, el templo mas antiguo de Atenas situado en la Acrópolis. El puñal de los asesinos que en el momento supremo obraron con demasiada precipitación, solo mató a Hiparco: la presencia de espíritu de Hippias hizo imposible que al asesinato sucediese una sublevación. Pero ese hecho salvaje puso de manifiesto al príncipe cuán insegura era la situación de un tirano griego; desde entonces volvióse desconfiado, severo, brusco y cruel, comenzando también el demos a sufrir amargamente el cambio de conducta de la burguesía. Entonces empezó la democracia ática a considerar la tiranía como una horrible calamidad.

Así que en Atica comenzó a hacerse insegura la situación de los Pisistrátidas, aprestáronse sus mortales enemigos, los Alcmeónidas, para una gran lucha. La riqueza de esta familia hacia que pudiesen desempeñar un papel brillante, aun allende los límites áticos. Además, se habían captado la amistad del oráculo de Delfos por el siguiente hecho: un incendio había destruido el templo del Apolo délfico, para cuya reedificación habían cedido cuantiosas sumas las anficionias; pero la construcción tardaba mucho tiempo en comenzarse, pues los 75 talentos eginetas (4.500.000 reales) que debían entregar los délficos todavía no se habían podido reunir. Entonces los Alcmeónidas emprendieron, a su costa, la reedificación y construyeron (desde 535 hasta 515) el nuevo templo, tan sólido como magnífico, con preciosos mármoles de Paros. Cuando el jefe de la casa de los Alcmeónidas, el sabio Clístenes, hijo de Megacles y de Agarista de Sicione, intentó, en 513, al frente de los emigrados áticos, una invasión en el Atica, en la que Leypsidrion fué completamente derrotado en el Parnes por los soldados de Hippias, procuró apartar a los espartanos de la alianza con Atenas y poner en movimiento la nobleza ática. Gracias a la influencia que tenía sobre el oráculo de Delfos, consiguió que la Pitonisa ordenase a los espartanos «libertar a Atenas de la tiranía»; a pesar de lo cual los eforos tardaron en decidirse a romper su alianza con Hippias. Pero cuando el general espartano Anquimolio, que en 511 se dirigió por mar al Atica y se apoderó de Falero, puerto entonces de Atenas, fué completamente derrotado y muerto en las llanuras de esta ciudad por la caballería tesalia, llamada por Hippias al Atica, el honor militar de los espartanos se consideró menoscabado y resolvieron destronar a todo trance a Hippias.

Cleomenes I, enérgico rey que gobernaba en Esparta des-

de 520, llevó en 510 un importante ejército al Atica, reforzado prontamente con los fugitivos atenienses, y consiguió tal victoria sobre la caballería tesalia, que la obligó a huir precipitadamente del suelo ático. Levantóse entonces toda la población del territorio libre contra los Pisistrátidas, viéndose pronto Hippias bloqueado en la bien aprovisionada Acrópolis, cuyo sitio confió a los atenienses el rey de Esparta, quien, al retirarse, tuvo buen cuidado de procurar que los nuevos elementos del poder de Atenas se enemistasen cuanto antes con Tebas. La poderosa aristocracia de esta capital beocia oprimía a la pequeña y enérgica ciudad de Platea de un modo tan desastroso, que los plateos pidieron auxilio a Cleomenes y se decidieron a entrar en la Simmaquia del Peloponeso. Pero el rey espartano que no creía conveniente enemistarse con la poderosa nobleza beocia por la posesión de una ciudad allende el istmo, poco beneficiosa relativamente para Esparta, mandó a los plateos a Atenas, cuyo desacuerdo con Tebas podía ser útil a los espartanos, sin prever las importantes consecuencias que de tan pérfido consejo debían resultar al poco tiempo. El bloqueo de la Acrópolis de Atenas hubiera podido prolongarse mucho, despues de la salida de los espartanos, si no hubiesen caído en manos de los atenienses los hijos de Hippias, a quienes su padre quería poner en sitio seguro. Entonces el príncipe, a cambio de la libertad de su familia, capituló, saliendo libremente de Atenas: la Acrópolis cayó en manos de los atenienses é Hippias se estableció en Sigieion, firmemente decidido desde entonces a restablecer su soberanía con el auxilio de los persas.

XV.—REFORMAS INTRODUCIDAS EN LA CONSTITUCION POR CLÍSTENES

La caída del tirano dejó abierto el campo en Atenas a las rivalidades entre las grandes familias nobles. En aquel tiempo el mas eminente hombre del Estado ático era el Alcmeónida Clístenes, que en union con otros nobles, como el excelente Aristides (nacido hacia el año 540) y Xantipo, casado con una sobrina de aquel, dieron una nueva dirección a la política interior del Atica. Clístenes no solo rompió completamente con todos los antiguos intereses de los eupátridas, sino que se inclinó decididamente hacia el demos, fundando Estados coloniales, regidos desde entonces democráticamente. Es objeto de duda si al obrar así movióse únicamente el puro patriotismo, ó si le guiaba la mas alta ambición, unida a un claro golpe de vista político.

Este inteligente reformador, valiéndose de medios muy sencillos consiguió sus propósitos de quebrantar la preponderancia de las familias nobles, evitando de este modo las fatales consecuencias que podía ofrecer para la situación general del Estado, y de hacer que los derechos que en teoría tenía el demos fuesen una realidad en la práctica. No quiso que el punto de partida de su actividad fuese una revolución ni el quebrantamiento de la constitución, sino una nueva organización administrativa. La reforma de Clístenes exigida por el oráculo délfico, que le permanecía fiel, fué llevada a cabo en 509: limitó las atribuciones de las cuatro filas y fratrias antiguas, a los asuntos religiosos y al registro de nacimientos, matrimonios y defunciones; dividió el Atica en diez cantones, llamados también filas, que fueron, Erecteis, Egeis, Pandionis, Leontis, Alcamentis, Oneis, Cecropis, Hippochoontes, Eantis y Antioquis, cada uno de los cuales se dividía en cinco pequeños distritos ó naucrarias, que a su vez se subdividían en dos demenes. Estos cien demenes estableciólos Clístenes, mientras reducía a cien comunidades completas las porciones de tierra, las pequeñas ciudades, las propiedades y las aldeas y pueblecitos, cuyo número nos es desconocido. La comunidad total, es decir, el demos, era entonces en

Atica la unidad de categoría inferior. La organización de los cien demones fué sumamente completa: su presidente propio, nombrado por elección, era el demarca; tenía, además, cada uno su asamblea comunal, cuyas atribuciones eran elegir los funcionarios municipales, iniciar á los adultos, y revisar la lista de los ciudadanos: el demarca debía llevar un registro de ciudadanos aptos para el servicio de la guerra. Clístenes había puesto especial cuidado en que paralelamente con el culto y los servicios de las antiguas filas y fraternidades, dirigiesen las nuevas filas y demones su atención hacia los nuevos ritos y culto religiosos.

El audaz Alcmeónida que, de un modo tan sencillo como poderoso, había destruido el poder político de las antiguas fraternidades, sustrajo al pueblo agrícola de la influencia que sobre él ejercieran las familias nobles, bajo el punto de vista político, gracias á su alianza religiosa. Hizo mas aun: para destruir la fuerza moral que hasta entonces habían tenido los nobles en las elecciones, no formó Clístenes los cantones de las nuevas filas asimilando distritos coherentes, sino que incluyó en una fila varias comunidades dispersas por toda el Atica. Dado este sistema se comprende, por ejemplo, que los caballeros de Sunio no pudiesen ejercer sobre los labradores de Maraton ó de Eleusis, la influencia que habían ejercido hasta entonces en las familias de la clase baja, con las cuales, exceptuando el período de la crisis económica, se habían aliado desde hacia siglos, valiéndose de todas las relaciones posibles. Consecuencia inmediata de la nueva división del pueblo ático fué también la introducción del sistema decimal en el organismo general del Estado. La Bula se compuso entonces de quinientos consejeros, cincuenta de cada fila, de modo que cada una de estas dirigía la pritanía durante una décima parte de año: el número de efetas fué de cincuenta, y de cinco mil el de los heliastas, quinientos por fila. Anualmente debían convocarse diez reuniones regulares de la comunidad. Con este cambio, así como con la organización de las reuniones comunales, tan útiles para la educación política del pueblo, adquirió el movimiento democrático notable fuerza en el suelo de Atenas. No debemos, sin embargo, dar al olvido que á pesar del incremento que sensiblemente tomaba la burguesía mercantil é industrial de Atica, la base de la democracia en este cantón de Grecia fué agrícola y conservadora.

Probablemente aconteció en esta misma época que Clístenes aceptó la proposición de los plateos, que demandaron su auxilio contra Tebas, atrayendo de este modo á la audaz ciudad beocia á la alianza ática. El odio que esto despertó entre la nobleza de Tebas parecía que debía llevarla á una lucha empeñada; pero la mediación de los corintios pudo restablecer, no sin gran trabajo, la paz. El furor de los tebanos les arrastró sin embargo á atacar en 509, de un modo brusco, á las tropas áticas, que alcanzaron en esta lucha una victoria completa, de la cual se aprovecharon para fijar como límite de las fronteras, entre Platea y Tebas, la línea del Asopo y para quedarse con la plaza de Hysie. Pero la tranquilidad no debía ser muy duradera, pues aprovechando los tebanos las nuevas conmociones del Atica, no tardaron mucho en tomar venganza de la anterior derrota.

Los pedieos no se mostraron muy satisfechos con la reforma de Clístenes y consiguieron que en 508 fuese nombrado arconte epónimo su jefe Iságoras. Este hombre apasionado, que en vano procuró destruir la obra de Clístenes, poco antes de terminar el año de su cargo solicitó del rey de Esparta, Cleomenes, su antiguo huésped, una intervención armada contra el incremento que iba tomando la democracia. Los espartanos aceptaron esta proposición hartos precipitadamente, y enviaron á Atenas un heraldo, que precedía al ejército

de Cleomenes, pidiendo á los atenienses que desterrasen de su ciudad á «los malditos.» Clístenes que, como Alcmeónida y heredero por tanto del crimen cometido contra los Clíonidas, era tenido por tal, abandonó inmediatamente el territorio, entrando en seguida en Atenas Cleomenes, bajo cuya protección Iságoras y sus partidarios inauguraron la reacción mas enérgica. Para asegurar mejor la soberanía de los eupátridas, desterró el jefe de los pedieos á quinientas familias conocidas por sus opiniones democráticas, hecho lo cual, formó un nuevo consejo, una Gerusia compuesta de trescientos representantes de las familias nobles. Pero esta disposición encontró tenaz resistencia: el consejo de los quinientos no cedió ante su mandato, y cuando Cleomenes, con sus espartanos, se apoderó de la Acrópolis, el espectáculo de las tropas enemigas en la fortaleza sagrada de Atenea Polias, diosa protectora de la ciudad, hizo estallar la sedición en toda el Atica. Solo tres días se defendió el castillo; pues Cleomenes capituló la libre salida de sus tropas: de sus compañeros áticos solo salvó á Iságoras, abandonando á los pedieos que habían solicitado su intervención para vengarse y castigar á la democracia ática.

Clístenes y los demás desterrados regresaron en seguida á su patria, y reunieron todas las fuerzas materiales y morales de que podían disponer; pues el rey Cleomenes, furioso por el ultraje que se le había inferido, trabajaba ardentemente para destruir el Atica por medio de una temible coalición. La famosa caballería de Calcis, conocida con el nombre de Hipobotes, y la irritada nobleza de Tebas no titubearon en aliarse con Esparta para la lucha contra el demos ático. El peligro inminente en que se vieron los atenienses, les descorazonó hasta el punto de solicitar el auxilio del virey persa que entonces gobernaba en Sardes. El hermano de Darío I, Artafernes, que desempeñaba tal cargo, exigió como precio de su ayuda la sumisión incondicional del Atica á la soberanía persa, condición que aceptaron los emisarios áticos, en vista de su penosa situación; pero llegado que hubieron á Atenas, sus compatriotas, en quienes podían mas el sentimiento del honor y el orgullo nacional, se negaron á ratificar el tratado y confiaron únicamente en la justicia de su causa y en la fuerza de sus armas. Con gran sorpresa del mundo griego, la suerte pareció desde entonces favorecer al pueblo de Atenas, que demostró por vez primera cuál debía ser un día su importancia en Grecia.

XVI.—GUERRA DE LOS ESPARTANOS, BEOCIOS Y CALCIDIOS CONTRA ATENAS

En el año 506 se desencadenó la tormenta contra el Atica: mientras la invadían por el Oriente los caballeros calcidios y por el Norte los tebanos, apareció en Eleusis el ejército peloponésico aliado, dirigido por los reyes espartanos Cleomenes y Demarato; pero cuando el ejército ático, que contaría unos 7,000 hoplites, esperaba una batalla, vieron, con sorpresa, los atenienses que aquel formidable ejército enemigo se disolvía de repente y emprendía la retirada hacia el Peloponeso. Había sucedido lo siguiente: el gobierno de Esparta había convocado al ejército peloponésico sin previas explicaciones con sus aliados; así es que cuando los corintios, entonces en armonía con los atenienses, comprendieron el intento de Cleomenes y vieron que este permitía que fuese devastado el santuario de Demeter y Perséfone en Eleusis, volvieron sin mas ni mas la espalda á los espartanos. Demarato, siguiendo su ejemplo, abandonó también el campo, disolviéndose entonces todo el ejército. Los espartanos en esta expedición consiguieron el restablecimiento del dorismo en Sicione; pero en cambio se echaron los primeros gérmenes de una implacable rivalidad

entre los dos reyes gobernantes. Mientras los eforos ordenaban que en lo sucesivo no podrían encontrarse los dos regentes en un mismo campo de batalla, los atenienses, librados tan de improviso de la amenazadora catástrofe, se arrojaron con ímpetu sobre sus otros adversarios, alcanzando una brillante victoria sobre los tebanos, que en vano procuraron unirse al ejército calcidio. Después persiguió Clístenes á los fugitivos calcidios que se habían retirado hacia la Eubea, hasta el estrecho, los derrotó completamente y prosiguió la guerra en esta isla con tanta suerte, que la nobleza de la ciudad de Calcis se vió por fin obligada á firmar un tratado de paz, por el cual quedaba completamente anulada la importancia de los hipobotes, que tanta nombradía tuvieron en la antigüedad. Calcis no solo debió aceptar una constitución democrática, sino que tuvo que ceder á Atenas la importante llanura Ielántica y la mayor parte de las tierras de la nobleza, con cuyas adquisiciones formó Clístenes cuatro mil porciones de terreno para otros tantos colonos áticos.

Atenas, á los ojos de los griegos, se había elevado casi al nivel de Esparta; pero pasó mucho tiempo antes que el joven y progresivo Estado pudiese gozar tranquilamente de su gloria. Posteriormente los espartanos, influidos por el ardiente Cleomenes, no quisieron conformarse con el reconocimiento de la democracia ática y propusieron seriamente á la asamblea de aliados de Esparta en el año 505, restablecer en Atenas la tiranía de Hipias; pero se encontraron con la enérgica oposición de los corintios, excitados por el recuerdo de los cipsélicas, que determinó á los peloponésicos á rechazar con éxito tal proposición. Esparta se contuvo, aunque ciertamente sentía en su interior el mas profundo odio contra Atenas, odio que pudo ser vencido ante el mortal peligro de la invasión persa. El furor de los tebanos procuraba, á su vez, que un nuevo enemigo turbase desde entonces la tranquilidad de los atenienses, á cuyo efecto excitaron á la nobleza de Egina, tan apta para la navegación como fanática, á que se declarase abiertamente en lucha contra el Atica, lucha que durante el año se agrió cada vez mas y que tantos perjuicios causó al bienestar de los dos vecinos miembros del pueblo griego.

XVII.—SE COMPLETAN LAS REFORMAS DE CLÍSTENES

Después de haber resistido Clístenes á la gran coalición enemiga, robusteció el elemento democrático en Atica, y á este fin fué muy atendida la administración de los intereses de la burguesía que se vió considerablemente aumentada con la inclusión en ella de un gran número de metecos. Debilitóse también, á este fin, el poder de los altos funcionarios, robusteciendo en cambio el de la Bula, aumentándose el número de empleos elegibles, atendiendo siempre al nuevo desarrollo del territorio. La Bula y la Iglesia adquirieron preponderancia; y esta última no se reunió ya en el Mercado sino en la colina Pnyx, bajo la epistatía ó presidencia de uno de los 50 miembros de la Bula que sucesivamente dirigían el consejo de la Pritania. Para la administración del tesoro del Estado que se guardaba en la Acrópolis, en el Partenon, se formó un colegio de diez tesoreros, pertenecientes todos á la clase de los pentacosiomédimos, que dependían de la inspección de diez apodectas, elegidos de entre todas las clases tributarias. Mientras subsistió la competencia del Basileo, limitáronse las atribuciones del epónimo esencialmente al honor de la presidencia, al ofrecimiento de ciertos sacrificios, á la dirección de las llamadas liturgias y de las fiestas no reservadas al Basileo, á la resolución de los pleitos que versaban sobre el derecho de familia ó de propiedad, y finalmente á la inspección de las tutelas. Junto al polemarcha, que pre-

sidia los consejos de guerra y que tenía el mando del ala derecha del ejército en campaña, se colocó un colegio de diez estrategos, que compartían con aquél la administración de los negocios militares, y eran en caso de guerra los jefes de los diez batallones, ó contingentes de las diez filas. Respecto de la administración de justicia introdujo Clístenes la importante novedad de que podían ser apeladas ante la Helia todas las sentencias pronunciadas por los tesmotetas. La Helia se dividió en diez secciones de 500 ciudadanos cada una que simultáneamente ejercían sus funciones en locales separados; y solo en los casos muy difíciles se podía apelar al juicio de todos los heliastas reunidos.

Clístenes, al tratar de asegurar su obra por la institución del ostracismo, no obró á impulsos de un odio democrático contra los grandes hombres y contra los ciudadanos de elevada posición, como tantas veces se ha dicho; sino que le movió el propósito de crear una válvula de seguridad contra el peligro de las luchas entre los poderosos caudillos de los partidos, ó contra un súbito restablecimiento de la tiranía; ya que para evitar estos males los gobiernos griegos no contaban ni con la policía necesaria, ni con los ejércitos permanentes. Anualmente, á mediados de invierno, debía la Bula preguntar á la Iglesia si la seguridad del Estado exigía el destierro de algun ciudadano; si esta pregunta era contestada afirmativamente por la mayoría de los eclesiastas, podía fijarse el día en que debía votarse acerca de quién era digno de tal castigo. En caso de que en esta votación resultasen 6,000 ostracas (conchas) con el mismo nombre, el ateniense así designado se veía obligado á salir del territorio por espacio de diez años. El ostracismo no era considerado en modo alguno como un castigo, ni perjudicaba el honor, ni el derecho de ciudadanía, ni la fortuna del desterrado, quien podía regresar á su patria en cualquier tiempo que la comunidad así lo acordase.

Atenas se desarrolló merced á una democracia moderada en un tiempo en que Esparta, en el interior de su territorio, había formado una aristocracia sumamente rigurosa, conquistando por ello la fama de primera potencia noble ó caballeresca de la Grecia. La historia del siglo V nos enseña que Atenas, por su parte, tuvo posteriormente la dirección del elemento democrático en Grecia, cuando avanzó algunos pasos mas hacia la democracia pura. La sustitución de la noble Gerusia por una Bula, el poder que iba adquiriendo la Iglesia en todas las grandes cuestiones del Estado, la elección de los funcionarios por la totalidad de los ciudadanos, la responsabilidad de los mismos, y finalmente las limitaciones de competencia, la corta duración del desempeño de los empleos y de la participación en el consejo, son los rasgos característicos de todas las comunidades griegas que se llamaban democráticas. Entre la diversidad de caracteres de las razas, conservó la democracia entre los griegos un carácter sumamente sólido y honroso en ciertos puntos, al paso que en otros se mostró impetuosa, salvaje é inconsiderada. Atenas, sin embargo, estaba muy lejos de querer aniquilar en Grecia la privilegiada importancia y la preponderancia del tradicional elemento aristocrático y las instituciones conservadoras; y mucho menos pensaba en poner en práctica una radical igualdad, es decir, en llevar á cabo la general igualdad política; sin que por esto el conjunto de deberes y prestaciones se opusiese á los derechos de los ciudadanos. Antes debió pasar Atenas por un período de su historia, tan bello como brillante, en el cual se demostró que en la lucha por la existencia de una Grecia independiente, la disciplina y la abnegación patriótica de su democracia jónica eran de igual condición que la fuerza militar y los servicios de la nobleza dórica y de los cuerpos de ejército.